



La Horqueta Digital  
[www.horqueta.net](http://www.horqueta.net)

# Palabra del Señor 2009

Lectura del evangelio y reflexión diaria  
para los cofrades leoneses

Cuaresma y Semana Santa



## **Prólogo**

*Xuasús González. Bracero Mayor*

La Semana Santa se encuentra ya a la vuelta de la esquina. Cofradías, bandas, instituciones, asociaciones... y todos los que, de alguna manera, la vivimos con gran intensidad, comenzamos a sentir 'algo' por dentro.

Durante estos días, los eventos se multiplican, y el desgaste físico llega –incluso– a ser considerable. Por eso resulta necesario detenerse, aunque sea por poco tiempo, y 'aclarar' ideas.

*Palabra del Señor* vuelve, fiel a la cita, con el comienzo de la Cuaresma. La lectura del evangelio y el comentario al respecto realizado ex profeso para nosotros, los cofrades leoneses, nos resultarán de gran ayuda.

Este año, estas reflexiones han sido realizadas por los sacerdotes diocesanos Telmo Díez Villarroel, Luis García Gutiérrez, Rubén García Peláez, Alberto Paniagua, José Sánchez Gonzpález y Roberto da Silva Caetano. A todos ellos, nuestro más sincero agradecimiento.

La Cuaresma es un tiempo de preparación y, gracias a ellos, tenemos en nuestras manos una herramienta más para llegar a la Semana Santa en las mejores condiciones.

Una Semana Mayor que es mucho más que procesiones, pasos, música, arte, ... y en la que, quizás, algunas veces dejamos un poco de lado lo más importante.

En nuestra mano está. Y no cuesta nada. Y *Palabra del Señor 2009* nos ayudará en esta labor que, probablemente, no es nada fácil. Que sea para bien.

**Miércoles, 25 de febrero de 2009. Miércoles de Ceniza***Mt 6, 1-6. 16-18*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos, de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayais tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, cuando vayais a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará. Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará".

Hoy comenzamos la Cuaresma con el pistoletazo de salida del Miércoles de Ceniza. Y quizás por ser eso, el pistoletazo de salida, caigamos en la tentación de quedarnos solamente con el ruido, la pólvora o la ceniza, sin entrar más allá de lo que significa. Muchos recibirán algo; algunos podrán decir qué significa aquello que reciben y, según nos anuncia el evangelio, pocos, muy pocos –y espero que me equivoque– sabrán qué resortes mueve este rito en el alma del cristiano cuando el sacerdote nos recuerde que somos polvo y que en polvo nos convertiremos, si no nos convertimos y creemos en el Evangelio.

Que sí, que hoy reconocemos que nos hemos alejado de Cristo, que nos hemos alejado de su Palabra, pronunciada cada Domingo para el que le busca con sincero corazón, que le hemos dado la espalda en nuestra cita eucarística con él. En definitiva, que le hemos hecho poco caso. Las razones cada uno las sabe, pero si, como cristianos, no sentimos que al alejarnos de Jesucristo nos falta algo, nos falta todo, que no somos nada, ceniza, polvo, qué más da..., mal empezamos.

Comenzamos la Cuaresma y, para no empezar con mal pie, Jesucristo nos invita a buscar lugares para recogernos, espacios para buscar a Dios y silencio para poder escucharle mejor que nunca: "Tú, cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará."

**Roberto da Silva Caetano**

**Jueves, 26 de febrero de 2009**

*Lc 9, 22-25*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día". Y, dirigiéndose a todos, dijo: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?".

Al comenzar este jueves, con la marca –aún reciente– de la ceniza sobre nuestra cabeza, Cristo nos explica sin rodeos lo que le va a pasar: "El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día".

O dicho de otra manera más personal. En esta Cuaresma, que ya hemos comenzado, nos toca padecer, sufrir al lado de Cristo, ser desechado por los que no creen en él, e incluso ser ejecutado por su causa pero..., –y en este "pero" los cristianos sacamos fuerza de nuestra flaqueza– resucitaremos como Cristo resucitó al tercer día.

El programa cuaresmal es ese, y es al que nos invita Jesucristo desde el primer momento que hemos puesto nuestro pie en el desierto cuaresmal: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo".

"El que quiera...", aquí no se obliga a nadie, aunque todos tenemos la invitación en nuestra mano. Porque aquella persona que de verdad ha buscado al Mesías, que se ha encontrado con Él, que ha contemplado su mirada y le ha respondido "sí", compromete su vida en esa palabra dada y la lleva hasta las últimas consecuencias, hasta negarse a sí mismo.

Lástima que nuestra fe parece estar hecha de otra pasta. Decimos "sí" a Dios cada mañana, y cada noche comprobamos que se ha roto en "no" mil veces durante el día. Por eso necesitamos pronunciar un nuevo "sí", y retomar nuestra cruz cada día, paso a paso.

Menos mal que nuestro consuelo es que, frente a nuestra infidelidad, se alza la incansable fidelidad de Dios. Menos mal que, a día de hoy, tras tantos miles de años, el "sí" de Dios aún resuena en el alma de cada cristiano que se siente llamado por Él a seguirle.

**Roberto da Silva Caetano**

**Viernes, 27 de febrero de 2009**

*Mt 9, 14-15*

En aquel tiempo, se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?". Jesús les dijo: "¿Es que pueden guardar luto los invitados a la boda, mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán".

En este viernes, el evangelista San Mateo recoge una pregunta que nos debería hacer pensar y cuya respuesta hemos de vivir en el fragor de ensayos, del trabajo, del..., con los amigos y la familia: "¿es que pueden guardar luto los invitados a la boda, mientras el novio está con ellos?"

Quién se conforme con responder simplemente que no, se ha quedado en la superficie de lo que tenemos entre manos. Porque al ponernos delante del Evangelio surgen espontáneamente más preguntas, muchas más: ¿quién se ha llevado al novio? ¿Se ha marchado él por su cuenta o lo hemos echado? ¿Sentimos su ausencia? ¿Hemos mirado alguna vez para él? ¿Tenemos motivos para ayunar?

Lo cierto es que, al terminar este repertorio de preguntas, en nuestros ojos ya no están sus ojos, sino nuestros montajes e historias. Lo doloroso es que en nuestra alma ya no está su amor, están otras cosas, pero otras cosas que, para nuestra desgracia, creemos mucho mejor.

¿Puede un invitado celebrar una fiesta de bodas sin el novio? ¿Existen cristianos capaces de montar *tinglados* en los que Cristo ya no aparece en su corazón sino que tampoco en el horizonte de su vida?

Durante esta Cuaresma, si nos tropezamos con algún cristiano que se toma a broma el ayuno, al que hoy se nos invita en el Evangelio, pensemos simplemente que éste aún no se ha dado cuenta de que el novio no está, de que Cristo se ha marchado o le ha echado de su vida. Y que, en definitiva, ayunar, lo que se dice ayunar de las muchas cosas que empequeñecen nuestra vida cristiana, es sólo para grandes cristianos.

**Roberto da Silva Caetano**

**Sábado, 28 de febrero de 2009**

*Lc 5, 27-32*

En aquel tiempo, Jesús vio a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa, y estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Los fariseos y los escribas dijeron a sus discípulos, criticándolo: "¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?". Jesús les replicó: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan".

Este sábado, sentado ante el mostrador de los impuestos, de nuestras historias, planes y cansancios, los cristianos necesitamos que el Profeta de Nazaret detenga su mirada de amor sobre nosotros, nos llame de nuevo a su seguimiento y nos siente, no a la mesa que nos hemos preparado, sino a la suya, compartiendo con otros comensales el pan y el vino que Cristo nos ha preparado.

De esta manera, el evangelista san Lucas nos recuerda que el Salvador del mundo nos saca de nuestra mediocridad, en la que estamos inmersos durante la semana, para sentarnos como hermanos junto a él. Eso sí, hay que reconocer que hace falta valor para hacer lo que hizo Leví: "Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió." Sólo bastó una mirada y una palabra del Maestro para que Leví se pusiera en marcha.

Me pregunto cuántas disculpas pondremos la mayoría de nosotros para no ir mañana a la Eucaristía, será porque no nos hemos cruzado

con su mirada, será porque no hemos escuchado bien su voz, o será todo lo contrario, que lo hemos visto –y muy bien– en esos hermanos con los que debiéramos compartir algo más que nuestra fe.

Un servidor cuando se hace este tipo de preguntas –o nos hacemos estas preguntas, si me lo permiten– siempre se olvida de que Cristo, el mismo que nos llama, sin merecerlo, a compartir su mesa, su vida y su amor, nos invita a hacer lo mismo con los demás, con nuestros hermanos.

**Roberto da Silva Caetano**

**Domingo, 1 de marzo de 2009**

*Mc 1, 12-15*

En aquel tiempo, el Espíritu empujó a Jesús en el desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas, y los ángeles le servían. Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: “Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio”.

En el marco de este primer Domingo de Cuaresma, inmediatamente después del bautismo, Jesucristo es empujado por el Espíritu hacia el desierto para librar un combate.

Es verdad que, para muchos cristianos que no han podido participar el Miércoles de Ceniza, este primer contacto con este tiempo cuaresmal puede asustar un poco bajo la idea del combate, pero acercándonos con la mirada de la fe es esperanzador saber que en esa y en cualquier batalla que nos pueda presentar la vida, el Espíritu siempre nos está empujando. Por eso, ese dejarse mover por el Espíritu desde nuestro Bautismo, ese dejarse caer confiadamente en las manos de Dios, aunque sea en dirección hacia lo más inhóspito del mundo, es algo que los cristianos en este Domingo tendríamos que agradecer más que nunca.

Es verdad que la fe en Cristo Jesús no nos protege, sino que nos hace salir a la intemperie. No dispensa de las dificultades, sino que nos mete precisamente dentro de ellas. Que es muy cierto que después de la inmersión en el agua, el Espíritu nos sumerge en las contradicciones y peligros de la existencia cotidiana. Pero esta es la enseñanza que nos ofrece el evangelista san Marcos al no explicarnos

algo más de las tentaciones de Jesús y es algo que tendríamos que tener en cuenta hoy, Domingo, dispuestos a comenzar una nueva semana: que al igual que Cristo para llevar a cabo su misión tiene que enfrentarse a quien intenta disuadirlo, a quien intenta "separarlo" del camino emprendido: el del servicio, de la debilidad, de la oscuridad, de la derrota, del sufrimiento; nosotros para vivir nuestra fe tenemos también que superar cada día las tentaciones que la vida nos ofrece, proponiéndonos otros caminos, otras conductas, otra forma de ser y de actuar.

Por eso, con más razón debe resonar hoy en nuestro corazón: "Convertíos y creed en el Evangelio".

**Roberto da Silva Caetano**

**Lunes, 2 de marzo de 2009**

*Mt 25, 31-46*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme". Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?". Y el rey les dirá: "Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis". Y entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis". Entonces también éstos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?". Y él replicará: "Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo". Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna".

Después de meditar el Evangelio de hoy, he recordado un sencillo pensamiento de Fray Luis de Granada, que decía que las personas debíamos tener un corazón de hijo para con Dios, un corazón de madre para con los demás y un corazón de juez para con nosotros mismos.

Pero qué sucede cuando alguien pierde el horizonte, cuando se aparta de Dios y de los hermanos. Lo cierto es que todo lo que conocemos se descoloca: nuestro corazón se convierte en siervo para con Dios, de juez para con los demás, y de madre para con nosotros mismos. Y así nos van las cosas. Que no sabemos ni quién es nuestro hermano, ni dónde podemos encontrarnos a Dios. Y así le van las cosas a aquellos que desorientados preguntan al Señor, en el Evangelio: “¿Cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”

Cuando empezamos a ser más juez que hermano para con los demás. Porque ser juez es endurecer nuestro corazón contemplando el lado negativo de los demás, juzgando a los otros, lo que hacen y dejen de hacer, lo que dicen y dejen de decir, lo que sienten o dejen de sentir. Y nuestros juicios son hirientes, tajantes, condenatorios. Los miramos fríamente y desde lejos, todo con lupa.

Y si lo miramos bien –desde la fe por supuesto–, esta puede ser una buena meta para el cambio cuaresmal, el cambiar de ser juez a madre. Esto sí que sería un cambio de corazón, porque las madres no juzgan a sus hijos, porque los miran entrañablemente, porque los conocen profundamente, porque los miran con el corazón. Ellas lo comprenden todo, porque aman. Tienen una paciencia infinita, porque esperan. Es el corazón que más se parece al de Dios. Y es el corazón al que debemos aspirar a la hora de presentarnos ante Dios y ante los hermanos si no queremos llevarnos algún eterno fiasco.

**Roberto da Silva Caetano**

**Martes, 3 de marzo de 2009**

*Mt 6, 7-15*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe

lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así: “Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno”. Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas”.

En este martes hemos escuchado de labios del mismo Señor una invitación a intensificar nuestros espacios de oración. Pero, sobre todo y por encima de todo, a orar mejor, a tener un tiempo sagrado para ponernos delante de Él.

Y para ello sería una buena ayuda el buscar cerca de nuestro domicilio una iglesia para adentrarnos en su silencio, que ayuda, y mucho, para crear un enriquecedor clima de oración. Porque no se trata tanto de orar mucho más –ojalá– cuanto de orar mejor, de entrar en diálogo íntimo y amoroso con el Padre que nos llama a la conversión, porque nos ama como nunca nadie nos ha amado.

Y si alguno no sabe cómo empezar, Jesús nos enseña la oración del Padrenuestro, la oración que se ha llamado con razón «resumen de todo el evangelio».

El Padrenuestro nos educa a una visión equilibrada de nuestra vida. Se fija ante todo en Dios. Dios es el centro, no nosotros: Padre... santificado sea tu nombre... hágase tu voluntad... venga tu Reino. Luego pide para nosotros: el pan de cada día... el perdón de las ofensas... que no caigamos en la tentación... que nos libre de mal.

Jesús hace, al final, un comentario en el que destaca la petición más incómoda del Padrenuestro: hemos pedido que Dios nos perdone como nosotros perdonamos. Se ve que, para Cristo, esta historia de nuestra relación con Dios tiene otros protagonistas que tal vez no nos resultan tan agradables: los demás. Jesús nos enseña a tenerlos muy en cuenta: “si perdonáis, también os perdonará... si no perdonáis, tampoco os perdonará”.

**Roberto da Silva Caetano**

**Miércoles, 4 de marzo de 2009**

*Lc 11, 29-32*

En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: "Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación. Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás".

Quién conozca la historia de Jonás, aunque sea por encima, se dará cuenta de una realidad que, aunque todos decimos que existe, nunca llegamos a confesar que es algo que vivimos muy a menudo, más de lo que nos gusta reconocer.

Porque el profeta Jonás no es precisamente un modelo de creyente y mucho menos de profeta. Si por fin va a predicar a Nínive es porque se ve obligado.

Pero lo esperanzador de las palabras de Jesucristo es que Nínive, a pesar de ser una ciudad pagana y pecadora, a pesar también de que aquel profeta Jonás no estaba muy convencido de los frutos de su misión; lo cierto es que Nínive, con todos sus habitantes, desde el rey hasta el ganado, hacen caso de la predicación de un profeta y se convierten, mientras que Israel, el pueblo elegido, a pesar de tantos profetas que se van sucediendo de parte de Dios, no les hace caso.

Nosotros, que estamos mucho más cerca que la reina de Sabá, que escuchamos la palabra de uno mucho más sabio que Salomón y mucho más profeta que Jonás, ¿le hacemos caso? ¿Nos hemos puesto ya en camino de conversión?

O más claro aún, de los cuarenta días de esa Cuaresma que me ha sido dada, han pasado ya siete. ¿Qué he hecho de estos siete días primeros?

**Roberto da Silva Caetano**

**Jueves, 5 de marzo de 2009**

*Mt 7, 7-12*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden! En resumen: Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la ley y los profetas".

¡Cuántas veces nos quejamos de la sordera de Dios! "No me escucha", "no responde".

¿Seguro? ¿No será, más bien, que nos cansamos muy pronto de rezar? Jesús nos recuerda hoy la necesidad de ser perseverantes, de insistir una y otra vez, y de hacerlo con la confianza que nos da el sabernos y sentirnos hijos del Padre Dios, que nos quiere con locura, que escucha siempre nuestra oración, que desea lo mejor para nosotros.

Claro que lo mejor, lo que nos hace plenamente humanos, lo que nos acerca a la auténtica felicidad, no coincide a veces con nuestras preferencias o caprichos.

**Alberto Paniagua**

**Viernes, 6 de marzo de 2009**

*Mt 5, 20-26*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás", y el que mate será procesado. Pero yo os digo: Todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama "renegado", merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito, procura arreglarte en seguida,

mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto”.

Hay un principio inscrito en el corazón de todo ser humano, en la llamada *Ley natural* –origen de los Derechos Humanos–, que después se escribió en el Decálogo dado por Dios a Moisés: “No matarás”.

Jesús eleva el listón de esta exigencia. El que se pelee o insulte gravemente a otro está rompiendo la relación de fraternidad. Más aún, quien deje anidar en su corazón odio o rencor, no debe acercarse a la Mesa de la Eucaristía porque no está en condiciones para ello. Si quiere celebrar el Amor, antes debe hacer sincera y cordialmente las paces, debe reconciliarse con su hermano.

**Alberto Paniagua**

**Sábado, 7 de marzo de 2009**

*Mt 5, 43-48*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”.

Jesús continúa contraponiendo su palabra a la del Antiguo Testamento. Él es la Palabra definitiva de Dios a los hombres, por eso su enseñanza es propuesta de vida para nosotros. Y por eso también nos pide más: *Amar a los enemigos*. ¡Qué fuerte!, ¿no?

El amó y ama hasta el extremo a todos los hombres, también a quienes le matan, le niegan, le blasfeman o le ignoran. El camino cristiano es de continua exigencia, de superación, de identificación

progresiva con Jesucristo, de perfección. Miremos dónde estamos y dejémonos guiar por el Espíritu para avanzar hacia donde Dios quiere que estemos.

**Alberto Paniagua**

**Domingo, 8 de marzo de 2009**

*Mc 9, 2-10*

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero en el mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: "Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Estaban asustados, y no sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube: "Éste es mi Hijo amado; escuchadlo". De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: "No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos". Esto se les quedó grabado, y discutían qué querría decir aquello de "resucitar de entre los muertos".

La montaña es, en la Biblia, no sólo un lugar geográfico sino un *lugar teológico*: signo de la presencia cercana de Dios. La nube y la voz que se deja oír son también manifestaciones de lo divino. Jesús, camino de Jerusalén –donde va a consumir su obra pasando por la Cruz– quiere sostener la fe de los discípulos y preparar sus corazones para la prueba. Por ello se transfigura ante la mirada atónita de los tres apóstoles preferidos. La blancura deslumbrante de su túnica "visualiza" el acontecimiento de la Resurrección. El evangelista Lucas equipara a Jesús con las dos grandes figuras del Antiguo Testamento: Moisés, el caudillo libertador y Elías, el profeta. Más aún, quiere decirnos que Jesús completa y culmina la revelación de Dios y lleva a cabo sus promesas salvadoras. Jesús es Él, el Hijo de Dios.

Ante aquella experiencia gozosa, Pedro quiere quedarse allí y disfrutar a tope.

Pero había que bajar al llano y seguir la ruta trazada.

La lección de este día nos invita a buscar espacios y tiempos para el encuentro y la oración con Jesucristo, para contemplar su gloria y, después, volver a las tareas transfigurados.

Un último apunte: Jesús, para que no se malinterprete su mesianismo, pide silenciar aquel acontecimiento hasta que Él se manifieste resucitado (este silencio es llamado por los expertos *el secreto mesiánico*).

**Alberto Paniagua**

**Lunes, 9 de marzo de 2009**

*Lc 6, 36-38*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros".

El cristiano debe asemejarse cada vez más a Dios, al Dios compasivo y bueno, al Dios amante, misericordioso y perdonador. Somos muy dados a juzgar vidas ajenas, a criticar, a poner pingando a los demás, a condenar sin atenuantes, a guardar lo nuestro sólo para nosotros. Pero este camino es equivocado. ¿Caemos en la cuenta del daño que hacemos a los demás, del sufrimiento que provocamos con nuestras críticas, murmuraciones y condenas? No olvidemos que nos tratarán como nosotros tratemos.

**Alberto Paniagua**

**Martes, 10 de marzo de 2009**

*Mt 23, 1-12*

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: "En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias

por la calle y que la gente los llame maestros. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno sólo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar consejeros, porque uno sólo es vuestro consejero, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”.

¡Cuánto nos gusta presumir! ¿Cuál es la mejor parroquia o la cofradía más perfecta? La mía, sin duda. ¿Nos movemos, actuamos... para que nos vea la gente, nos aplauda y nos alabe? Pues, mal vamos. Ni podemos ni debemos dar lecciones, porque no somos “maestros” de nada. El único Maestro es Jesucristo, los demás somos discípulos, somos hermanos. Y si alguien quiere sobresalir y ser el primero... ya sabe cómo hacerlo: que sirva a los demás, que se ponga a su disposición, que les eche una mano. ¡Qué bien nos vendría a todos ser un poco más humildes, menos creídos, menos “pluscuamperfectos”!

Cristo se abajó haciéndose esclavo de todos, y Dios Padre premió su voluntaria humillación resucitándole de entre los muertos. Él nos dio un magistral ejemplo para que nosotros actuemos de la misma manera.

**Alberto Paniagua**

**Miércoles, 11 de marzo de 2009**

*Mt 20, 17-28*

En aquel tiempo, mientras iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino: “Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará”. Entonces se le acercó la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: “¿Qué deseas?”. Ella contestó: “Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda”. Pero Jesús replicó: “No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?”. Contestaron: “Lo somos”. Él les dijo: “Mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre”. Los otros diez, que lo habían oído, se

indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo: “Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos”.

Más de lo mismo. Uno intuye que Jesús tuvo que sentirse muy dolido ante la reacción de los discípulos. Es verdad que cuesta mucho ser humilde y sencillo, pero... ¿no aprendemos la lección? Jesús camina hacia la muerte y... ¡la madre de los Zebedeos pide los puestos más altos para sus hijos! Otra y otros que van a lo suyo, y los demás, al enterarse, también. Pelín de envidia, ¿no? Jesús reúne al grupo para limar asperezas y rehacer la convivencia y les repite: ¿quieres destacar, figurar, ser el primero? Pues, hala, majo, hazte servidor y aún esclavo de todos, y gasta y desgasta tu vida por ellos. Así lo hago yo porque para eso he venido al mundo.

**Alberto Paniagua**

**Jueves, 12 de marzo de 2009**

*Lc 16, 19-31*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: “Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritó: “Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas”. Pero Abrahán le contestó: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros”. El rico insistió: “Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento”. Abrahán

le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen". El rico contestó: "No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán". Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto"

San Lucas dedica el capítulo 16 de su evangelio a delimitar cuál debe ser la actitud del cristiano frente a las riquezas. El texto de este día contiene una clara advertencia: si absolutizamos la riqueza y la colocamos en el lugar de Dios... El rico es el tipo de hombre que se entrega totalmente a disfrutar todos los placeres, mandando a paseo a Dios y pasando olímpicamente de las necesidades de los demás. Lázaro es el símbolo de quienes sufren carencias y soportan privaciones, pero confían plenamente en Dios.

Tras la muerte, ambos se encuentran en situaciones muy distintas, incluso opuestas.

En definitiva, el único camino de salvación, la única senda para la plena realización del hombre y su felicidad plena es dejarnos envolver por el amor de Dios, vivir en la amistad con Jesucristo aceptando que Él es el único Señor y ayudar, con lo que somos y tenemos, a los demás.

**Alberto Paniagua**

**Viernes, 13 de marzo de 2009**

*Mt 21, 33-43. 45-46*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: "Escuchad otra parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores, para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. Envió de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: "Tendrán respeto a mi hijo". Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: "Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia". Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?". Le contestaron: "Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a sus tiempos". Y Jesús les dice: "¿No habéis

leído nunca en la Escritura: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente”? Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de los cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos”. Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y aunque buscaban echarle mano, temieron a la gente que lo tenía por profeta.

En esta parábola Jesús habla de sí mismo y de su condición de enviado por el Padre para ser salvador del mundo. Dios creó al mundo (la viña del Señor) y lo puso en las manos del hombre para que lo trabajara en calidad de arrendatario, reservándose para sí, como es lógico, una parte de sus frutos.

Y ocurrió lo que con estilo directo y nada prosaico se dice en la parábola. Los hombres se proclamaron de inmediato dueños y señores de tan suculento feudo y a lo largo de la historia fueron eliminando a todos aquellos, enviados por Dios, que no buscaban otra cosa que lo que les correspondía en estricta justicia.

Esa fue la misión de los patriarcas y profetas a lo largo de todo el Antiguo Testamento, y esa fue la misión del propio Hijo de Dios. Todos corrieron la misma suerte y perecieron de la misma manera. ¡Ea! Los hombres se levantaron con el santo y la limosna.

Todo de ellos y para ellos: lo del César y lo de Dios; en el orden material y en el espiritual. ¡Qué lejos estuvo siempre el hombre de comprender que “es inútil dar coces contra el aguijón”!, que diría Jesús en otro momento de su predicación.

**Telmo Díez Villarroel**

**Sábado, 14 de marzo de 2009**

*Lc 15, 1-3. 11-24a*

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: “Ése acoge a los pecadores y come con ellos”. Jesús les dijo esta parábola: “Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado".

La parábola del hijo Pródigo es una de las páginas más bellas del Evangelio, si es que cabe establecer comparación entre unas y otras. Es claro a todas luces que lo que Jesús pretende en esta parábola es proclamar ante el mundo y la historia la bondad y misericordia de Dios, dejando patente que "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia".

Si se recargan las tintas al describir la vida disoluta del muchacho, es para que resalte con mayor luminosidad la bondad de aquel corazón de padre que todo lo olvida, todo lo perdona y de nada negativo lleva cuenta en su agenda.

La luz de la luna luce tanto más cuanto más oscura es la noche. Y para que todo quedara claro, se celebra el banquete y se invita a los familiares, amigos y vecinos, y se mata el ternero cebado, y se llama la banda de música; porque el hijo había sido hallado y, muerto, había resucitado... "Que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta que por cien justos, no necesitados de conversión".

**Telmo Díez Villarroel**

**Domingo, 15 de marzo de 2009**

*Jn 2, 13-25*

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los

echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: "Quitad esto de aquí; no convertáis en un mercado la casa de mi Padre...". Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: "El celo de tu casa me devora". Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: "¿Qué signos nos muestras para obrar así?". Jesús contestó: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré". Los judíos replicaron: "Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?". Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y, cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús. Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

Hay que reconocer que una primera lectura de este pasaje evangélico nos resulta dura, y la conducta de Jesús impropia del Dios del amor y la misericordia, como aparece en la parábola del Hijo Pródigo. Pero el pecado de aquellas gentes, expulsadas violentamente del templo, no merecía otro tratamiento. Escrito estaba: "El celo de tu casa me devora".

No difiere en mucho su conducta de muchos creyentes de hoy de la de aquellos de ayer, a buen seguro que también creyentes, pero que, poco o nada escrupulosos en asuntos económicos, no dudaron en avasallar el orden religioso y moral con tal de volver a casa con la bolsa bien repleta.

Escribiendo fundamentalmente para miembros de las cofradías penitenciales de nuestra Semana Santa, bueno, justo y santo es recordarles que a la casa de Dios, extensible eso de la casa de Dios a todas las cosas que atañen a su culto, sólo se puede ir a doblar la rodilla, la mente y el corazón ante el Dios que se nos adelantó a doblar su divinidad ante nuestra humanidad pecadora, y no a vender bonitos desfiles procesionales, a hacer gala de vistosas túnicas, capas y capirotos o a comprar unos aplausos a la mejor banda musical o al más acompasado baile de la imagen que cierra la procesión. Lo santo siempre ha de ser tratado santamente.

**Telmo Díez Villarroel**

**Lunes, 16 de marzo de 2009**

*Lc 4, 24-30*

En aquel tiempo, dijo Jesús al pueblo en la sinagoga de Nazaret: "Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio". Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

Los hombres siempre estamos más receptivos a un aplauso que a un estirón de orejas. Aunque la afirmación parezca un poco prosaica, es claro que encierra una verdad que toda antropología da por buena. De esta madera nos hizo Dios, o quién sabe si no nos hizo de buena caoba y nosotros nos cambiamos a chopo o sauce de ínfima calidad.

Que nadie es profeta en su tierra es un aforismo que cuenta con todas las bendiciones divinas al darlo por bueno el mismo Jesús. ¿Alguien se habrá preguntado alguna vez por qué esto tiene que ser así?

Jesús nació circunstancialmente, aunque providencialmente, en Belén, pero siempre vivió en Nazaret y por nazareno fue tenido. Los de los pueblos vecinos, envidiosos, pero no envidiados, al tener noticia de sus poderes taumatúrgicos y algo más, se preguntaban si de Nazaret podía salir algo bueno.

Jesús hablaba a sus paisanos en la sinagoga de Nazaret, y sus palabras no velaban la clara intención de acusarles de la poca atención que prestaban a su mensaje. Nada de extrañar que, al oírlo, se pusieran furiosos y trataran de despeñarlo. ¿A dónde tendremos que ir los hombres de hoy en busca de profetas a los que creer y seguir?

**Telmo Díez Villarroel**

**Martes, 17 de marzo de 2009**

*Mt 18, 21-35*

En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: "Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?". Jesús le contesta: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo". El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes". El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré". Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?". Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano".

No es frecuente en la predicación de Jesús el tono amenazante con que se cierra este pasaje de hoy. "Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano". Pero el contenido central del evangelio no es de afirmación del castigo del pecado, sino de la benevolencia y perdón sin limitaciones.

Él siempre perdona toda la deuda, toda. Pero si aceptamos como Palabra de Dios, Verdad eterna, aquello de "os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo hice", no nos queda más remedio que perdonar, y hacerlo de todo corazón, a los que nos ofenden.

A nadie podemos mentir, y menos a Dios. Somos perdonados si perdonamos. No hay escapatoria posible. Pienso que muchas veces (no me atrevo a decir que siempre) mentimos a Dios cuando,

rezando el Padrenuestro, le decimos que nos perdone, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Tan rigorista es Jesús en este tema que nos dice lo siguiente: "Si vas, pues, a ofrecer tu ofrenda ante el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a presentar tu ofrenda". ¿Exigencia? No, Palabra de Dios.

**Telmo Díez Villarroel**

**Miércoles, 18 de marzo de 2009**

*Mt 5, 17-19*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos".

Nada es pequeño en las cosas de Dios. Poca cosa es a los ojos de los hombres dar un vaso de agua a un sediento, pero a los ojos de Dios es cosa digna de alta recompensa.

Poca cosa eran los dos ochavos que la viuda depositó en el cepillo del templo, pero Dios le dio valor de donativo millonario porque dio todo lo que tenía.

Poco vale una florecilla del campo, pero también de ella se cuida la providencia de Dios. Poco vale un cabello de nuestra cabeza, pero todos los tiene contados nuestro Padre del cielo.

El amor no está en las cosas sino en el corazón del hombre que las hace, y el amor es lo que cuenta. Jesús no vino al mundo a destruir nada sino a restaurarlo todo; no a quitar leyes, sino a poner perfección en todas ellas; no a acabar con los pecadores, sino a traerlos todos al camino del amor a Dios y a los hermanos, que el que ama a Dios y al hermano no puede pecar.

La ley antigua decía: "amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo", pero Jesús dice: "amarás también a tu enemigo". ¿Difícil? Claro que sí, pero con la gracia de Dios todo es posible y fácil. Que el amor todo lo puede.

**Telmo Díez Villarroel**

**Jueves, 19 de marzo de 2009**

*Mt 1, 16. 18-21. 24a*

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: "José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados". Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

"Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el Señor". El papel de San José en la historia de la salvación de los hombres es absolutamente providencial; responde a un plan preconcebido por Dios. Sin palabras, hizo que la Virgen, su esposa, dijo e hizo como respuesta al ángel de la anunciación: "He aquí la esclava (el esclavo) del Señor, hágase en mí según su palabra".

Ante el embarazo de su esposa, José no reaccionó a lo humano: "la repudiaré". Ante el mensaje recibido del cielo, obró a lo cristiano. No perdió sueño en pedir más explicaciones al ángel. Donde actúa el Espíritu Santo todo se hace camino llano para el hombre, aunque misterioso.

Lo importante es renunciar a los propios criterios y aceptar como infalibles los criterios de Dios. Hay que hacer dogma de fe aquello que dice nuestro refranero: "El hombre propone y Dios dispone". Toda disposición divina marca el camino de la felicidad para el hombre. De esto, todos debemos estar seguros.

**Telmo Díez Villarroel**

**Viernes, 20 de marzo de 2009**

*Mc 12, 28-34*

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: "¿Qué mandamiento es el primero de todos?". Respondió Jesús: "El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo a éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que éstos". El escriba replicó: "Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: "No estás lejos del reino de Dios". Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Es verdad que muchas enseñanzas de Jesús vienen dadas como respuesta a hechos, circunstancias y personas concretas, pero, al ser Palabra de Dios, siempre tienen alcance y valor universal. Es el caso del evangelio de este día.

Le pregunta un escriba. Su respuesta vale y alcanza a todo hombre que quiera de verdad orientar su vida a la luz de la Verdad eterna, infalible y universal.

"Amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todo el ser, y amar al prójimo como a sí mismo" es el primero de todos los mandamientos de Dios y quien lo guarda tiene guardados el resto y se sitúa en las cercanías del reino de Dios.

Por supuesto que no es cosa fácil para el hombre llegar a este ideal de adecuar su querer y obrar al designio y voluntad de Dios, pero en ello le va, nada más y nada menos, que su felicidad temporal y terna. Así de claro y de consolador.

Para hacerlo posible, Dios siempre toma la iniciativa para que termine en Él lo que en Él empieza, lo que Él inspira y acompaña. No puede ser de otra manera.

**Telmo Díez Villarroel**

**Sábado, 21 de marzo de 2009**

*Lc 18, 9-14*

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: "Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo". El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador". Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido".

La lectura de este evangelio nos sitúa ante la oración como una de las principales claves desde las que el cristiano debe vivir el tiempo de Cuaresma. La oración, vivida con una especial intensidad a lo largo de estos días, nos ayudará a redescubrir el lugar que Dios ocupa en nuestra vida y a suscitar el espíritu de conversión que renueve nuestra existencia cristiana.

Con esta parábola se nos dice, no obstante, que no todas las maneras de orar son igualmente válidas; que, en ocasiones, la oración se puede convertir en otra cosa muy alejada de lo que debe ser en realidad. El fariseo y el publicano oran ante Dios de maneras bien distintas: el primero, más que rezar, parece que quiere presentar sus credenciales ante Dios. Quiere mostrarle su rectitud, su autocomplacencia y lo hace con una actitud soberbia y autosuficiente y despreciando a aquellos que no son como él. El fariseo, en realidad, no esperaba nada de Dios; simplemente parece que quiere hacer valer ante Dios unos derechos que se ha ganado por su conducta irreprochable.

La actitud del otro protagonista de la parábola es bien distinta: se limita a golpearse el pecho y a decir "*Ten piedad de mí, que soy un pecador*". El publicano también se mira a sí mismo, pero se ve pecador, indigente y absolutamente necesitado de Dios.

Reza con la humildad de saber que por sí sólo no puede hacer nada y poniendo toda su esperanza en el Señor. El fariseo acudió a la oración lleno de sí mismo, pero salió vacío de Dios ¿Qué podría buscar en

Dios cuando parece sentir que todo se lo debía a sus méritos?. El publicano, en cambio, acudió a la oración vacío de sí mismo, para llenarse del amor y de la misericordia de Dios.

**José Sánchez González**

**Domingo, 22 de marzo de 2009**

*Jn 3, 14-21*

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: "Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. El juicio consiste en esto: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios".

El evangelio de este cuarto domingo de cuaresma anticipa, de algún modo, el misterio pascual para cuya celebración nos estamos preparando.

En su diálogo con Nicodemo, Jesús le anuncia anticipadamente su Pasión. Y lo hace aludiendo a un acontecimiento que vivió el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento: cuando en su peregrinar por el desierto los israelitas sufrieron una plaga de serpientes venenosas, Yahveh les ofreció como remedio un estandarte con una representación de una serpiente hecha de bronce. Cuando los mordidos miraban el estandarte, quedaban curados.

Jesús establece un paralelismo entre este estandarte y su muerte en la cruz. Él mismo será elevado a un nuevo estandarte, el estandarte de la cruz, para curar a la humanidad del pecado y de la muerte. En el texto, Jesús también trata de anunciar la razón profunda que explica este gesto de la entrega de su propia vida: su sacrificio sólo puede comprenderse como consecuencia del amor infinito de Dios, que entrega a su propio Hijo para que, por Él, todos los hombres podamos tener acceso a la vida eterna.

Un último elemento sobre el que podemos centrar la atención en la lectura de este texto es la llamada a que los hombres demos una respuesta ante el signo de la cruz. Ante Jesús y su entrega no cabe la indiferencia. Es necesario optar en libertad. El hombre puede creer o no creer, puede acoger el valor salvador del misterio pascual o puede rechazarlo, puede apostar por vivir en la luz o puede preferir vivir en las tinieblas.

Nuestra opción se mostrará en la naturaleza de nuestras obras. No podemos decir que hemos acogido la luz de Cristo si nuestras obras llevan la huella de la maldad.

**José Sánchez González**

**Lunes, 23 de marzo de 2009**

*Jn 4, 43-54*

En aquel tiempo, salió Jesús de Samaria para Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: "Un profeta no es estimado en su propia patria". Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verle, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: "Como no veis signos y prodigios, no creéis". El funcionario insiste: "Señor, baja antes de que se muera mi niño". Jesús le contesta: "Anda, tu hijo está curado". El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo estaba curado. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: "Hoy a la una lo dejó la fiebre". El padre cayó en la cuenta de que ésa era la hora cuando Jesús le había dicho: "Tu hijo está curado". Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

En el trasfondo del todo el evangelio de Juan subyace la cuestión de la fe: la fe en Jesucristo como hijo de Dios y Salvador de los hombres. Los milagros de Jesús narrados por el evangelista se convierten, por ello, en auténticos signos. Su intención no se queda simplemente en mostrar acciones más o menos extraordinarias, sino que lo que persiguen es suscitar la fe en quienes los contemplan.

Los milagros no son narrados, pues, como simples acciones mágicas, maravillosas y espectaculares, sino más bien como una especie de señales que pretenden revelar quién es realmente Jesús, para que los hombres creen en Él. En esta interacción entre Jesús, que realiza los signos, y los hombres, que deben responder a ellos, nos encontramos, en ocasiones, con la frialdad y el rechazo de los que se resisten a creer.

Paradójicamente estos son, muchas veces, los que deberían sentirse más cercanos a Jesús (Él siente en su propia carne que *"un profeta no es estimado en su propia tierra"*).

En otros casos, en cambio, la respuesta es bien distinta. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con el funcionario real que protagoniza el evangelio de hoy. Él acude a Jesús para pedirle la curación de su hijo enfermo. En su gesto ya se aprecia la huella de una fe inicial. El diálogo que mantiene posteriormente con el Señor cumple el objetivo de ayudarlo a profundizar en esa fe, de aumentar, purificar y confirmar su confianza (*"como no veis signos no creéis"*).

Y la prueba de que esto se ha producido es que el funcionario no pone ninguna objeción a lo que Jesús le termina diciendo. Le bastan las palabras de Jesús: *"Vete: tu hijo se ha curado"*. El funcionario cree y se pone en camino sin pedir ninguna aclaración, garantía o seguridad. La confirmación del milagro es la puntilla que termina de corroborar una firme y profunda respuesta de fe: *"Creyó él con toda su familia"*.

**José Sánchez González**

**Martes, 24 de marzo de 2009**

*Jn 5, 1-3. 5-16*

En aquel tiempo, se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Ésta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: *"¿Quieres quedar sano?"*. El enfermo le contestó: *"Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado"*. Jesús le dice: *"Levántate, toma tu camilla y echa a andar"*. Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar.

Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: "Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla". Él les contestó: "El que me ha curado es quien me ha dicho: Toma tu camilla y echa a andar". Ellos le preguntaron: "¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar?". Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: "Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor". Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

El encuentro con el paralítico se presenta como una nueva ocasión para que Jesús muestre sus signos. El relato nos describe el suceso con detalle: era un día de fiesta para los judíos, y Jesús se acerca a las inmediaciones de un lugar muy particular. Se trataba de la piscina de Betesda; una piscina que contenía unas aguas a las que se atribuían poderes curativos. Por ello se agolpaban allí numerosos enfermos que buscaban recobrar la salud metiéndose en el agua.

Es curioso caer en la cuenta de la etimología de la palabra *Betesda*: en su raíz aramea significa "casa de la misericordia". El lugar sirvió, ciertamente, para que Jesús mostrara su misericordia con uno de aquellos enfermos. Era un paralítico incapaz de entrar en la piscina por sus propios medios. Además de la desgracia de la enfermedad, aquel hombre sufría la marginación y la soledad (nadie le ayudaba a llegar a la piscina; nadie se preocupaba por él). Hasta tal punto llega la limitación y la incapacidad del paralítico, que es Jesús quien tiene que asumir totalmente la iniciativa. –"¿Quieres quedar sano?"– (en la gran mayoría de los milagros de Jesús era el propio enfermo o alguien cercano a él quien pedía a Jesús la curación).

Las palabras del Señor devuelven a aquel hombre la salud. Se nos está diciendo así que, frente a la ineficacia de aquellas aguas, Jesús es el único capaz de dar el "agua viva"; que su Palabra es la que puede devolver verdaderamente la vida y la salud.

Dicen los estudiosos de la Biblia que aquel hombre simbolizaba al pueblo judío; un pueblo anquilosado por sus leyes y tradiciones; un pueblo que ya no daba más de sí y que había llegado al límite de sus posibilidades; un pueblo que se resistía a creer en la nueva vida que se le ofrecía a través de Cristo.

Las palabras y los gestos de Jesús son una llamada para que también a los judíos se les abran los ojos y crean en la novedad del Reino. Pero algunos se resisten a hacerlo. Muestra de ello es que la única

preocupación de muchos era que Jesús quebrantaba la ley del descanso del sábado. ¿Podía una ley impedir ayudar a un hombre necesitado? El Señor muestra con su gesto que aquellos esquemas ya no eran válidos, aunque sabía que, al hacerlo, estaba poniendo en riesgo su propia vida.

**José Sánchez González**

**Miércoles, 25 de marzo de 2009**

*Lc 1, 26-38*

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le podrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin". Y María dijo al ángel: "¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?". El ángel le contestó: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible". María contestó: "Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Y el ángel la dejó.

El tono y el ritmo de los evangelios que se vienen proclamando en la Eucaristía a lo largo de la Cuaresma se interrumpen, momentáneamente, al celebrar en este día la fiesta de la Anunciación del Señor.

Como no podía ser de otra manera, es éste, precisamente, el acontecimiento que se nos narra en el texto de hoy. Nueve meses antes del nacimiento de Jesús, María recibe la visita del ángel Gabriel con el anuncio de su futura maternidad. Ella ha sido escogida para ser la madre del Hijo del Altísimo. Asistimos así al desencadenante del momento culminante de la historia de la salvación. Jesús se encarna en el seno de una virgen.

Paradójicamente, el marco en el que se produce este acontecimiento está marcado por la humildad y la sobriedad. La salvación de Dios

llega desde un lugar humilde, en un pequeño pueblo de Galilea y de la mano de una joven virgen que no ostentaba ningún título ni papel social relevante. Jesús es descrito, sin embargo con los rasgos del Mesías del Antiguo Testamento y como Hijo de Dios. Él será realmente el Mesías esperado, pero su llegada no se producirá espectacularmente, sino desde el silencio y la humildad.

El cuerpo de este relato lo constituye el diálogo entre Gabriel y María. Él la saluda como la "llena de gracia" y la invita a la alegría. Pero la noticia provoca en María un razonable desconcierto ("*Cómo será eso, pues no conozco a varón*"). María era ya la prometida de José; sin embargo, tal como establecía la ley de Israel, la pareja no podría vivir bajo el mismo techo hasta un año después de los esponsales. Lo que el ángel le decía parecía desafiar la lógica de la naturaleza, por eso es más que comprensible el desconcierto de la Virgen.

Las posteriores palabras del ángel explicitan aún más el plan trazado por Dios para con María y le permiten percatarse de que se encuentra ante un hecho que trasciende lo humano, porque es obra del Espíritu Santo.

Y, aunque María no pide ningún signo, se le da una garantía de la autenticidad del mensaje: su parienta Isabel, que era estéril, también va a dar a luz un hijo. La respuesta final de María no deja dudas sobre su fe y su disponibilidad totales: "*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*". Como dice san Agustín, "*María concibió a Cristo por la fe en su corazón, antes de concebirlo físicamente en su cuerpo*".

**José Sánchez González**

**Jueves, 26 de marzo de 2009**

*Jn 5, 31-47*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es válido el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan testimonio de mí; que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su

semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ése sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?”.

La cuestión de la respuesta de la fe sigue estando latente en este pasaje del evangelio. El evangelista San Juan parece querer mostrarnos dos juicios que se van realizando simultáneamente: por una parte, los judíos mantienen un juicio contra Jesús por el que van acumulando argumentos para acusarle y condenarle (le consideraban un blasfemo por llamar Padre a Dios, y un quebrantador de la ley por no respetar el descanso del sábado...). Pero Jesús también sostiene su propio juicio contra los judíos.

Por medio de este juicio paralelo, el Señor quiere mostrar la resistencia y la cerrazón del pueblo escogido para aceptarle a Él como enviado del Padre.

En esta lectura Jesús presenta los testigos que avalan la naturaleza de su persona y de su misión. El testimonio de Jesús carecería de valor si no tuviera tras de sí todos estos testimonios que son garantía de verdad: primero ha sido el Bautista quien ha dado testimonio de Él; también dan testimonio de Jesús sus propias obras y Dios Padre por medio de ellas. *¿Cómo podría hacer Jesús lo que hacía si no contase con el poder que el Padre le ha concedido?*; finalmente, son las mismas Escrituras de la Palabra de Dios las que dan testimonio de Jesús y avalan su persona.

Lo anunciado por Moisés y los profetas alcanza su culminación en la persona de Jesucristo. Si todos estos testigos no son capaces de convencer a los judíos de la verdad de Jesús, sólo queda una explicación: no quieren oír el testimonio de Dios. El veredicto de este juicio de Jesús contra los judíos termina mostrando su culpabilidad manifestada en su cerrazón a la fe.

Lo que hoy dice Jesús en este evangelio también debe llevarnos a nosotros a reflexionar sobre nuestra propia existencia cristiana ¿Hasta qué punto estamos atentos a los signos que nos hablan de

Dios y por los que Dios nos habla? ¿Nuestro corazón está abierto a la verdad de Jesucristo o, por el contrario, se resiste a creer? Puede ser que la verdad de Dios esté tropezando con nuestros esquemas e ideas preconcebidas; que sólo estemos dispuestos a aceptar y a acoger a un Dios hecho a nuestra medida; que pasemos por alto la Palabra que Dios nos dirige porque nos llevaría a complicarnos demasiado la vida... Como dice el refrán popular, *"no hay mayor ciego que el que no quiere ver"*.

**José Sánchez González**

**Viernes, 27 de marzo de 2009**

*Jn 7, 1-2. 10. 25-30*

En aquel tiempo, recorría Jesús la Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las tiendas. Después que sus primeros parientes se marcharon a la fiesta, entonces subió el también, no abiertamente, sino a escondidas. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: "¿No es éste el que intentan matar? Pues mirad como habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías? Pero sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene". Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: "A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz; a ése vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él, y él me ha envidado". Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

La fiesta de las Tiendas era una de las más populares entre el pueblo judío. Servía como ocasión para dar gracias a Dios por las cosechas y para recordar y celebrar la Alianza.

En el relato de hoy vemos que Jesús también quiere participar de esa celebración de su pueblo. Primero intentó pasar desapercibido entre la gente, pero al final no se resiste a enseñar en el templo. La presencia de Jesús y sus palabras vuelven a suscitar la polémica en torno a su persona. Aquel nazareno les rompía los esquemas. ¿Cómo se le ocurría presentarse y hablar en público cuando sabía que querían matarle?

Pero lo que realmente les descolocaba era su pretensión de aplicarse a sí mismo la condición de Mesías. Lo que Jesús decía de Él mismo

chocaba con la lógica del razonamiento judío. El Mesías no podía irrumpir en el mundo de una manera tan vulgar. No podía ser una persona aparentemente normal, como Jesús; una persona perfectamente identificable y de la que creían conocer a la perfección sus orígenes y sus andanzas.

Y aquí es donde se encuentra la verdadera paradoja de toda esta historia: los judíos creían saberlo todo sobre Jesús, pero en realidad no sabían nada. No veían en él nada más que un simple predicador ambulante. No sospechaban ni intuían siquiera que era aquel en quien Dios mismo se hacía presente entre los hombres. En el fondo lo que Jesús quiere mostrar de nuevo es que el misterio de su persona se revela sólo desde la fe; una fe que los judíos no quieren tener. Negarse a conocerle realmente a Él era equivalente a negarse a conocer a Dios mismo, que le enviaba.

Además, la incredulidad de las autoridades judías aumenta su deseo de eliminar a Jesús. Por no creer, ven en sus afirmaciones motivos de condena a muerte. Parece que ya han tomado una decisión para acabar con su vida. Pero, incluso en esta situación, Jesús se muestra dueño de su destino: *no pudieron echarle mano porque todavía no había llegado su hora*. No serán ellos los que le arrebaten la vida, sino que será Jesús quien la entregue en el momento preciso.

**José Sánchez González**

**Sábado, 28 de marzo de 2009**

*Jn 7, 40-53*

En aquel tiempo, algunos de entre la gente, que habían oído que los discursos de Jesús, decían: "Éste es de verdad el profeta". Otros decían: "Éste es el Mesías". Pero otros decían: "¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?" Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: "¿Por qué no lo habéis traído?". Los guardias respondieron: "Jamás ha hablado nadie como ese hombre". Los fariseos les replicaron: "¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos". Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: "¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?". Ellos le replicaron:

“¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas”. Y se volvieron cada uno a su casa.

El evangelio de hoy escenifica a la perfección la división que generaba la persona de Jesús entre los judíos: algunos reconocen en Él al Mesías; otros, en cambio, le ven como un impostor al que hay que eliminar.

Los primeros suelen pertenecer a grupos de los estratos sociales más humildes y sencillos, y creen sin subterfugios (en este grupo se situarían los guardias que no cumplieron la orden de arrestar a Jesús porque quedaron impresionados con su doctrina).

Entre los segundos, predominan los que provenían de la clase dirigente: los sacerdotes y los fariseos. En ellos se aprecia una hostilidad casi irracional contra Jesús. Eran los que se creían poseedores y dominadores de la verdad contenida en la ley, y la manipulaban para aducir razones en su condena contra Cristo. Su ceguera y cerrazón quedan bien patentes: ellos rechazaban a Jesús porque no era descendiente de David ni oriundo de Belén, cuando resulta que era ambas cosas. En realidad, detrás de su apasionamiento se encierra una enorme ignorancia.

Y se escudan y justifican acudiendo a la Ley. Dicen que los que se han dejado embaucar por Jesús son los que no entienden de la ley y les califican despectivamente como *malditos*. No toleran ni respetan a aquellos que no van a su favor. De esa gente no nos podemos fiar, pensaban, porque son unos ignorantes, porque no tienen derecho a pensar.

Nicodemo, que también era fariseo, actúa como el contrapunto que intenta poner un poco de cordura en el asunto: su argumentación pone en evidencia a los que querían condenar a Jesús: resulta que querían condenarle amparándose en la ley y despreciaban la misma ley que no permitía juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que había hecho. Seguro que su intervención no generó demasiadas simpatías entre sus interlocutores.

La psicología que subyace en este texto también debe hacernos reflexionar a nosotros. Muestra que muchas veces somos capaces de rechazar la Verdad cuando choca con nuestra mentalidad, nuestros prejuicios y nuestros intereses. Y, además, somos capaces de autojustificarnos con mil disculpas y argumentos. Pero, en realidad, la Verdad sólo encontrará sitio en los corazones dóciles y humildes.

**José Sánchez González**

*Palabra del Señor 2009*

**Domingo, 29 de marzo de 2009**

*Jn 12, 20-33*

En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: "Señor, quisiéramos ver a Jesús". Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: "Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo premiará. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre". Entonces vino una voz del cielo: "Lo he glorificado y volveré a glorificarlo". La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: "Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí". Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.

Se acerca la Hora esperada de Jesús: "por esto he venido, para esta hora". Es la hora de la cruz, del abajamiento definitivo, de la entrega confiada en las manos del Padre, pero pasando antes por las manos crueles de sus enemigos.

Jesús se prepara ya para ser grano molido por la tortura, grano aplastado y sepultado en la tierra, manchada por la sangre de tantos inocentes a lo largo de la historia... los hombres explotados, las mujeres violadas, los niños abortados, los enfermos rechazados... cuanto sufrimiento pasado y futuro en la cruz de Cristo. Al final el grano no quedará infecundo, dará fruto abundante.

La voz del cielo, aquella que se manifestó cuando, tiempo atrás, el Hijo comenzaba su vida pública siendo bautizado en el Jordán, vuelve a rasgar las nubes: "Lo he glorificado y volveré a glorificarlo".

Duras palabras, ¿no crees? Que para llegar a la Gloria y a la Vida haya que pasar por la cruz y el ser nada, grano enterrado...

Se acerca también nuestra hora; cada día lo es, la hora de empeñarnos en hacer vida el Evangelio de Jesús, de comprometernos con Él, de no andar con disimulos y componendas, fariseísmos y excusas.

**Rubén García Peláez**

**Lunes, 30 de marzo de 2009**

*Jn 8, 1-11*

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio y, colocándola en medio, le dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?". Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: "El que esté sin pecado, que tire la primera piedra". E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?". Ella contestó: "Ninguno, Señor". Jesús dijo: "Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más".

Qué fácil es condenar. Qué fácil es ver la mota en el ojo ajeno y denunciarla con dureza. Mucho más sencillo que tratar de explorar el propio corazón y ponerlo, con sus miserias, al descubierto ante la mirada misericordiosa de Jesús.

Aquellos hombres que traían a la mujer adúltera para ser lapidada, ¿serían acaso mejores que ella? Quizá sabían tapar mejor su pecado, disfrazarlo con una capa de intransigente justicia. Disimulos que no engañan a quien ha hecho el corazón humano y lo conoce.

No condenes, ponte del lado de Cristo, acogiendo al hermano caído. Y recuerda que también para ti Él tiene una palabra de perdón: "Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más".

**Rubén García Peláez**

**Martes, 31 de marzo de 2009**

*Jn 8, 21-30*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: "Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros". Y los judíos comentaban: "¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: "Donde yo voy no podéis venir vosotros"?". Y él continuaba: "Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues, si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados". Ellos le decían: "¿Quién eres tú?". Jesús les contestó: "Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él". Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: "Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que soy yo, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada". Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él.

"Si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados". Jesús sólo, ¿sólo?, pide a aquellos que le escuchan fe. Es lo único que puede salvarles, que le reconozcan como el Enviado, como la luz que debía venir al mundo para alumbrar toda oscuridad.

"Quien me ha visto a mi, ha visto al Padre", dirá Cristo en otro pasaje. Al verle a Él, al oír sus palabras y admirar sus obras, vemos todo lo que necesitamos saber ya de Dios; Dios ya no es algo desconocido, una fuerza cósmica e impersonal; tiene un rostro, tiene palabras. Pero hace falta creerle, aceptarle en la humildad, en la locura, de los signos.

Por ejemplo, la Eucaristía, ¿crees que ese pequeño pan que está sobre el altar es el Cuerpo Resucitado del Señor?

Señor, yo creo, pero aumenta mi fe...

**Rubén García Peláez**

**Miércoles, 1 de abril de 2009**

*Jn 8, 31-42*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: "Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Le replicaron: "Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?. Jesús les contestó: "os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre". Ellos replicaron: "Nuestro padre es Abrahán". Jesús les dijo: "Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre". Le replicaron: "Nosotros no somos hijos de prostitutas; tenemos un solo padre: Dios". Jesús les contestó: "Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió".

"Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Jesús viene a traer la libertad, pero, a veces, esta libertad nos resulta dura. No sabemos qué hacer con ella y preferimos permanecer en la mentira, aunque sea como esclavos, ¿no es cierto?

Nos engañamos a nosotros mismos y queremos que los demás nos tengan engañados. Por eso, cuando alguien me dice algo a corregir en mí... salto. Hay esclavitudes muy llevaderas y libertades muy difíciles.

Jesús quiere que seamos libres del pecado que nos oprime, que distorsiona nuestra visión del mundo, de nosotros y de los demás; porque sólo el que anda en la verdad es libre. ¿Dejaremos que suelte nuestras cadenas?

**Rubén García Peláez**

**Jueves, 2 de abril de 2009***Jn 8, 51-59*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Os aseguro: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre". Los judíos le dijeron: "Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tú dices: "Quien guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre"? ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?". Jesús contestó: "Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: "Es nuestro Dios", aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera: "No lo conozco" sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría". Los judíos le dijeron: "no tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?". Jesús les dijo: "Os aseguro que antes que naciera Abrahán existo yo". Entonces agarraron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.

Jesús habla abiertamente en el Templo... la suerte está ya echada, son demasiados los odios, los intereses, acumulados en su contra. Podría huir; pero no, su testimonio ha de llegar hasta el fin.

Ahora promete la vida que no termina a quien acoja sus palabras: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre.

Acoger la Palabra salvadora de Jesús es más que oírla. Oír es fácil; hacerla vida, no. Pero quien lo hace, quien vive el amor a Dios y al prójimo, entregando la vida como Él, tiene ya desde ahora, en sí, una semilla de inmortalidad que no quedará sin dar fruto. Quien acoja el evangelio vivirá para siempre...

**Rubén García Peláez****Viernes, 3 de abril de 2009. Viernes de Dolores.***Jn 10, 31-42*

En aquel tiempo, los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús: Él les replicó: "Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?". Los judíos le contestaron: "No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios". Jesús les

replicó: “¿No está escrito en vuestra ley: “Yo os digo: sois dioses”? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfema porque dice que es hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre”. Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: “Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad”. Y muchos creyeron en él allí.

Se les hace insoportable el lenguaje de Jesús, que se diga Dios, Hijo del Padre. Y, sobre todo, que se diga hijo de Dios mientras denuncia sus excesos, sus hipocresías, su uso torticero de la religión. Querían apedrearlo.

Pero muchos también creyeron en Él; allí no había solamente palabras, hueca retórica como en otros que se decían profetas. Lo que decía lo acompañaba de obras de misericordia y sanación: “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre”.

¿Qué obras acompañan a mis palabras? ¿Son sólo palabras que se lleva el viento, hermosas, sobre Dios, sobre la fe?

¿Mi testimonio de creyente es sincero, creíble?

**Rubén García Peláez**

**Sábado, 4 de abril de 2009. Sábado de Pasión.**

*Jn 11, 45-57*

En aquel tiempo, muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús [*la resurrección de su hermano Lázaro*], creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: “¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación”. Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: “Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os

conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera". Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente con los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos. Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: "¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?". Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo.

Conjuran contra Jesús. Sus signos convencen a muchos, porque obra tal y cómo se esperaba del Mesías, del Ungido: devuelve la vista a los ciegos, cura leprosos, resucita muertos y anuncia la Buena Nueva a los pobres. ¡Hay que pararle los pies a ese profeta galileo! El poder siempre tiene mucho que perder ante un hombre libre, que sólo responde de sus actos ante Dios Padre, ni ante la sociedad ni ante los juicios de otros.

Jesús se retira momentáneamente; no es cobardía, pero aún no ha llegado el momento. Tiene que cumplir todo lo que está mandado para poder decir, al llegar a la cruz: "Todo está cumplido".

Llega el tiempo de la prueba... recuerda que los apóstoles, incluido aquel Pedro que prometió dar la vida, huyeron espantados. ¿Con quien estaremos cuando llegue la Cruz, con Cristo o con los verdugos?

**Rubén García Peláez**

**Domingo, 5 de abril de 2009. Domingo de Ramos.**

***Procesión***

*Mc 11, 1-10*

Se acercaban a Jerusalén, por Betfagé y Betania, junto al monte de los Olivos, y Jesús mandó a dos de sus discípulos, diciéndoles: "Id a la aldea de enfrente, y en cuanto entréis, encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis, contestadle: "El Señor lo necesita y lo devolverá pronto"". Fueron y encontraron el borrico en

la calle, atado a una puerta, y lo soltaron. Algunos de los presentes les preguntaron: "¿Por qué tenéis que desatar el borrico?". Ellos les contestaron como había dicho Jesús; y se lo permitieron. Llevaron el borrico, le echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. Muchos alfombraron el camino con sus mantos, otros con ramas cortadas en el campo. Los que iban delante y detrás gritaban: "Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor. Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David. ¡Hosanna en el cielo!"

Jesús entra en Jerusalén. ¿Entrada triunfante? Las apariencias engañan... ¿cuántos de los que ahora lo aclaman rey de Israel estarán unas pocas horas después pidiendo para Él la muerte infamante de cruz? Qué complicado es el corazón humano, qué fácilmente cambiamos de chaqueta y del amor al odio. Cómo nos dejamos influenciar.

Pero ahora toca acompañar a Jesús en su camino... entremos también con Él en la Ciudad Santa. Sí, es cierto, sabemos que poco después saldrá de la ciudad hacia el patíbulo. Pero, ahora, Él quiere disfrutar de este momento... amargura y alegría van mezcladas tantas veces...

"Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor".

**Rubén García Peláez**

**Misa***Mc 15, 1-38*

Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes, con los ancianos, los escribas y el Sanedrín en pleno, se reunieron, y, atando a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Él respondió: "Tú lo dices". Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas. Pilato le preguntó de nuevo: "¿No contestas nada? Mira cuántos cargos presentan contra ti". Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba muy extrañado. Por la fiesta solía soltarse un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los revoltosos que habían cometido un homicidio en la revuelta. La gente subió y empezó a pedir el indulto de costumbre. Pilato les contestó: "¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?". Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia. Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás. Pilato tomó de nuevo la palabra

y les preguntó: “¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos?”. Ellos gritaron de nuevo: “¡Crucifícalo!”. Pilato les dijo: “Pues, ¿qué mal ha hecho?”. Ellos gritaron más fuerte: “¡Crucifícalo!”. Y Pilato, queriendo dar gusto a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados se lo llevaron al interior del palacio –al pretorio– y reunieron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo: “¡Salve, rey de los judíos!”. Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo. Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz. Y llevaron a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de “la Calavera”), y le ofrecieron vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: “El rey de los judíos”. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: “¡Anda!, tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz”. Los sumos sacerdotes con los escribas se burlaban también de él, diciendo: “A otyros ha salvado, y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos”. También los que estaban crucificados con él lo insultaban. Al llegar el mediodía, toda la región se quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y, a la media tarde, Jesús clamó con voz potente: “Eloí, Eloí, lamá sabaktaní”. Que significa: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Algunos de los presentes, al oírlo, decían: “Mira, está llamando a Elías”. Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber, diciendo: “Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo”. Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: “Realmente este hombre era Hijo de Dios”.

Entramos en la Semana Santa y, ya en este domingo de Ramos, escuchamos el relato de la Pasión. Una de las características del relato según san Marcos es el silencio de Jesús a lo largo del proceso que lo llevó a la muerte y durante la agonía final. Jesús calla delante del tribunal religioso; Jesús calla delante del tribunal civil.

Sólo habla cuando se trata de manifestar su mesianidad (hasta aquel momento escondida en el “secreto mesiánico”) “Sí, soy el Mesías” “Sí, soy el rey de los judíos”. No dice nada, por el contrario, cuando se

trata de defenderse de las acusaciones injustas de los enemigos. Y una vez en la cruz, San Marcos sólo nos transcribe una sola palabra de Jesús expresada en su lengua materna y que parece salida de la boca de un hombre tan acosado que se siente abandonado por el mismo Dios.

Jesús calla, pero carga silenciosamente todo el peso del mal sobre Él mismo, todo el peso del dolor y de la muerte. Y este silencio de Cristo, que es también silencio de Dios, es más elocuente que todas las palabras.

Los cristianos no tenemos que ir por el mundo haciendo largos y bellos discursos sobre el sentido de la vida y de la muerte: la única actitud verdaderamente cristiana es la que, a ejemplo de Jesús, nos hace vivir silenciosamente todo el dolor del mundo, vencéndolo con la fuerza del amor.

**Rubén García Peláez**

**Lunes, 6 de abril de 2009. Lunes Santo.**

*Jn 12, 1-11*

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: "¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?". Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa llevaba lo que le iban echando. Jesús dijo: "Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis".

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Comenzamos la gran semana del año litúrgico. El Evangelio nos presenta el episodio de la unción en Betania que tuvo lugar "seis días

*antes de la Pascua*". Esta es la razón por la que se proclama este texto hoy. El gesto de María es interpretado por Cristo como una señal que anuncia y anticipa, de alguna manera, su muerte y sepultura: "*Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura*".

Al mismo tiempo, expresa la certeza que el Señor tiene sobre la cercanía de su pasión y sobre las tramas de las autoridades judías para acabar con él y con su mensaje; tanto es así, que no sólo conspiran contra Él mismo, sino también contra todos aquellos que le siguen o que dan testimonio de él: "*los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús*".

Todos estos elementos, presentes el Lunes Santo, nos sitúan a los cristianos en la inmediatez de los próximos acontecimientos que celebraremos en el Triduo Sacro y nos invitan a contemplar el misterio del sufrimiento de Cristo que percibe su sufrimiento cada vez más cercano.

**Luis García Gutiérrez**

**Martes, 7 de abril de 2006. Martes Santo.**

*Jn 13, 21-33. 36-38*

En aquel tiempo, Jesús, profundamente conmovido, dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús tanto amaba, estaba reclinado a la mesa junto a su pecho. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: "Señor, ¿quién es?". Le contestó Jesús: "Aquel a quien yo le de este trozo de pan untado". Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: "Lo que tienes que hacer hazlo en seguida". Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: "Donde yo voy, vosotros no podéis ir"". Simón Pedro le dijo: "Señor, ¿adónde vas?". Jesús le respondió: "A donde yo voy no

me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde". Pedro replicó: "Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti". Jesús le contestó: "¿Conque darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces".

El evangelista San Juan debió quedar profundamente impresionado por las palabras de Cristo en su anuncio de la traición y despedida. Recuerda que Cristo estaba "*profundamente conmovido*", pues uno de los suyos iba a traicionarle.

Los momentos que pasaron hasta la huida de Judas en la noche son descritos con tintes dramáticos. Todo se estaba precipitando y parece que ya nadie podrá hacer nada por el Señor. Hasta que Pedro, con su carácter impulsivo, se compromete a dar la vida por el Maestro. El Evangelio acaba con mayor dramatismo: "*Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces*". Al menos Judas permanecía en silencio; Pedro no sabía lo que prometía. En el fondo ni uno ni otro comprendían la profundidad de las palabras: "*Ahora es glorificado el Hijo del hombre*". Es glorificado pues Él cumple su entrega por todos los hombres. Él cumple su misión mientras todos los que le seguían *ya no podrán acompañarlo*.

En este Martes Santo, contemplamos a Cristo que no duda en seguir adelante cumpliendo la voluntad del Padre, aunque todos lo abandonen o traicionen.

**Luis García Gutiérrez**

**Miércoles, 8 de abril de 2009. Miércoles Santo.**

*Mt 26, 14-25*

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: "¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?". Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: "¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?". Él contestó: "Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos"". Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: "¿Soy yo acaso, Señor?". Él respondió: "El que ha mojado

en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido". Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: "¿Soy yo acaso, Maestro?". El respondió: "Tú lo has dicho".

El Evangelio nos presenta la mayor villanía que el hombre pudo cometer: un discípulo vende a su Señor por dinero. Todo eso sucede en el contexto de los preparativos de la Pascua Judía.

Nada más paradójico. Al mismo tiempo que el pueblo de la Primera Alianza se prepara a celebrar su liberación de la esclavitud de Egipto gracias a la intervención de Dios, se prepara también para asesinar al Dios encarnado, salvador de toda la humanidad.

El Evangelio termina con la identificación de aquél a quien más le hubiera no haber nacido. Judas es un pobre hombre cegado por el dinero y entregado a los intereses del poder. Sin embargo, de estas maneras tan "humanas", Dios lleva a cumplimiento el plan de salvación que había ideado.

Este Evangelio, situado en el Miércoles Santo, nos sitúa justo en el tiempo inmediato en que Jesús tiene con sus discípulos su última cena. De esta forma, la liturgia de estos tres primeros días de la Semana Santa nos ha ido conduciendo a los acontecimientos que celebraremos en el Sagrado Triduo Pascual que da comienzo mañana.

**Luis García Gutiérrez**

**Jueves, 9 de abril de 2009. Jueves Santo.**

*Jn 13, 1-15*

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la horade pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y que a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándolos con la toalla que se había ceñido.

Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: "Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?". Jesús le replicó: "Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde". Pedro le dijo: "No me lavarás los pies jamás". Jesús le contestó: "Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo". Simón Pedro le dijo: "Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dijo: "Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos". Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: "No todos estáis limpios". Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis".

Toda la vida de Jesús ha quedado definida y sintetizada con el gesto que nos describe San Juan. Sabemos muy bien que, allí donde San Mateo, San Marcos y San Lucas narran la institución de la Eucaristía, el cuarto evangelista narra el lavatorio de los pies.

No creemos que San Juan no diera importancia al hecho de que Jesús cambiara el ritual judío de la cena pascual para dejarnos el memorial de su entrega. Lo cierto es que la entrega de su cuerpo y sangre no es, en absoluto, contraria al lavatorio. En el fondo reflejan la misma disposición del Señor: la entrega por amor hasta la muerte.

La Iglesia, en este día, por medio de la celebración litúrgica, conmemora tres misterios: la institución de la Eucaristía, la institución del orden sagrado y el mandamiento del amor fraterno. El Señor, que anticipa su entrega en la cruz en el pan y el vino, manda a los apóstoles repetir este gesto en su memoria hasta que vuelva, y les pide que tengan la misma actitud que Él ha mostrado.

En la "Misa Vespertina de la Cena del Señor" se repite este mismo gesto de lavar los pies y, al concluir la celebración, se reserva el Santísimo Sacramento en un sagrario, especialmente adornado con velas y flores, destinado a la oración: la Iglesia entera está llamada a meditar, velar y contemplar en esta tarde el gran misterio de la Eucaristía que Jesús nos dejó.

**Luis García Gutiérrez**

**Viernes, 10 de abril de 2009. Viernes Santo.**

*Jn 18, 1-19, 42*

En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscáis?". Le contestaron: "A Jesús, el Nazareno". Les dijo Jesús: "Yo soy". Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles: "Yo soy", retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: "¿A quién buscáis?". Ellos dijeron: "A Jesús, el Nazareno". Jesús contestó: "Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos". Y así se cumplió lo que había dicho: "No he perdido a ninguno de los que me diste". Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: "Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi padre, ¿no lo voy a beber?".

La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: "Conviene que muera un solo hombre por el pueblo". Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que había de portera dijo entonces a Pedro: "¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?". Él dijo: "No lo soy". Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús le contestó: "Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo". Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así contestas al sumo sacerdote?". Jesús respondió: "Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?". Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron: “¿No eres también de sus discípulos?”. Él lo negó, diciendo: “No lo soy”. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: “¿No te he visto yo con él en el huerto?”. Pedro volvió a negar, y en seguida cantó un gallo.

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era al amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato fuera, adonde estaban ellos, y dijo: “¿Qué acusación presentáis contra este hombre?”. Le contestaron: “Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos”. Pilato les dijo: “Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley”. Los judíos le dijeron: “No estamos autorizados para dar muerte a nadie”. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Jesús le contestó: “¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?”. Pilato replicó: “¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?”. Jesús le contestó: “Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí”. Pilato le dijo: “Conque, ¿tú eres rey?”. Jesús le contestó: “Tú lo dices: soy rey. Yo para estoy he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”. Pilato le dijo: “Y, ¿qué es la verdad?”. Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: “Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?”. Volvieron a gritar: “A ése no, a Barrabás”. El tal Barrabás era un bandido.

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: “¡Salve, rey de los judíos!”. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: “Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa”. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: “Aquí lo tenéis”. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”. Pilato les dijo: “Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él”. Los judíos le contestaron: “Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios”. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: “¿De dónde eres tú?”. Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: “¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?”. Jesús le contestó: “No

tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor”.

Desde este momento, Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: “Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César”. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman “el Enlosado” (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: “Aquí tenéis a vuestro rey”. Ellos gritaron: “¡Fuera, fuera; crucifícalo!”. Pilato les dijo: “¿A vuestro rey voy a crucificar?”. Contestaban los sumos sacerdotes: “No tenemos más rey que el César”. Entonces lo entregó para que lo crucificaran.

Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado “de la Calavera” (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: “Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos”. Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: “No escribas: “El rey de los judíos”, sino: “Éste ha dicho: Soy el rey de los judíos””. Pilato les contestó: “Lo escrito, escrito está”.

Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba a abajo. Y se dijeron: “No la rasguemos, sino echemos a suerte, a ver a quién le toca”. Así se cumplió la Escritura: “Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica”. Esto hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego, dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre”. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura, dijo: “Tengo sed”. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: “Está cumplido”. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado

era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto, salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán un hueso”; y en otro lugar la Escritura dice: “Mirarán al que atravesaron”.

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbraba a enterrar a los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Mientras que el “Domingo de Ramos en la Pasión del Señor” se escucha alternativamente el relato de la Pasión según San Mateo, San Marcos y San Lucas, el Viernes Santo escuchamos siempre la proclamación de este Evangelio de la Pasión según San Juan.

Desde el prendimiento hasta la sepultura del Señor, el relato se esfuerza por mostrar la pasión como la “hora” de Jesús; es decir, el momento oportuno que Dios había dispuesto para la glorificación de su Hijo. Además, San Juan insiste oportunamente en el hecho de que los distintos acontecimientos sucedieron “para que se cumpliera la escritura”. Todo ello nos hace comprender el sentido de la muerte de Cristo en la cruz. Una muerte voluntariamente aceptada y asumida para consumir el sentido de su existencia: cumplir la voluntad del Padre hasta las últimas consecuencias.

La cruz era el instrumento de la tortura más cruel destinada a los no ciudadanos del imperio romano. Pero, desde Cristo, se ha convertido en el signo de la salvación. Por eso en la celebración litúrgica de este día, se adora la cruz después de haber escuchado las lecturas de la Palabra de Dios. Además, aunque hoy no se celebra la Misa, se comulga el Cuerpo de Cristo consagrado en la tarde de ayer.

Toda la “Celebración de la Pasión del Señor” está llena de silencio, tensión espiritual y fuerza expresiva. Los cristianos reconocemos el

dramatismo de los hechos que nos narra la pasión, pero desde la perspectiva pascual del resucitado.

**Luis García Gutiérrez**

**Sábado, 11 de abril de 2009. Sábado Santo.**

**Domingo, 12 de abril de 2009. Domingo de Resurrección.**

***Vigilia Pascual***

*Mc 16, 1-7*

Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: "¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?". Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo: "No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo".

Las mujeres fueron las primeras en recibir la gran noticia de la resurrección. Ellas iban preocupadas por cosas "secundarias". Jamás podrían imaginar lo que encontrarían. Era necesario aquel personaje misterioso (¿un ángel?) que les indicara la realidad de lo sucedido. La muerte injusta del inocente no podía terminar en el silencio y frialdad de la roca excavada. Cristo ha resucitado y nos ha alcanzado a todos los hombres una vida nueva y la esperanza de la vida sin fin. Él nos ha reconciliado con el Padre para siempre.

Los signos de la celebración de la Vigilia Pascual de esta noche hablan por sí mismos. Los ritos iniciales con el Cirio Pascual anuncian solemnemente que la luz de Cristo ha vencido a las tinieblas del pecado; las lecturas sucesivas del Antiguo Testamento van recordando acontecimientos salvadores que eran anuncio y prefiguración de la Pascua del Señor; la liturgia bautismal nos recuerda que es el bautismo el que nos vincula para siempre con la muerte y resurrección del Hijo de Dios; finalmente la Eucaristía es presencia para siempre del sacrificio y banquete de comunión con

nuestro Salvador. En el centro de todo ello, este Evangelio nos anuncia con claridad meridiana la noticia que cambió el rumbo de la historia: Cristo ha resucitado, aleluya, aleluya.

**Luis García Gutiérrez**

***Misa del día de Pascua***

*Jn 20, 1-9*

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos donde lo han puesto". Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

El Evangelio del día de Pascua es una mezcla gozosa de la alegría por la resurrección de Cristo y un preanuncio de la realidad de la Iglesia.

Es María Magdalena quien encuentra la piedra movida; sin embargo, busca a Simón y a otro discípulo. Es el "otro discípulo" quien llega primero al sepulcro; sin embargo, cede la contemplación del sepulcro vacío a Simón Pedro.

El evangelista San Juan escribe su evangelio mostrando la primacía de San Pedro en medio del colegio apostólico, testigo y garante de la resurrección.

Está naciendo la realidad de la Iglesia. Que hunde sus raíces en el mismo día de pascua porque, desde ese momento, tendrá la misión de anunciar que el Jesús crucificado y resucitado es el Señor, es aquél en quien se cumplen las promesas: "*hasta entonces no habían comprendido la Escritura*".

Con esta frase tan sencilla, el evangelista nos da a entender que todo lo sucedido, es una realización de las promesas hechas al pueblo de la Primera Alianza.

Dicho con otras palabras, toda la historia de la salvación ha sido guiada por Dios para llegar a este acontecimiento. Testigos de estos son los apóstoles y Pedro el primero.

**Luis García Gutiérrez**